

La Escuela y el Hogar

(II)

4—Fundamentos filosóficos de la colaboración.

Esa mutua permeabilidad de propósitos, acción y ambientes que debe existir entre la escuela y el hogar, descansa sobre sólidos fundamentos filosóficos. Veámoslo.

Los padres —por el mero hecho de la paternidad— son educadores natos.

No necesitan ellos recibir un mandato pedagógico de nadie. Se los confiere la misma naturaleza. Ni se reduce la paternidad a la producción biológica del ser. Es una función mucho más noble y elevada: “el que da el ser, debe dar el complemento del ser”. Padres del cuerpo, también están llamados a serlo del espíritu, a prolongarse psíquicamente en sus hijos, a conformarlos “a su imagen y semejanza”. Siendo el hijo propiedad del padre, ¿podría éste desentenderse del desarrollo armónico de aquel que es su proyección espiritual, carne de su carne, su gozo y su corona?

Aun en el mundo animal, se registran ejemplos admirables de cómo la paternidad no termina con el nacimiento de la prole, sino que se extiende más allá, a alimentarla, defenderla, entrenarla para la vida. En forma instintiva, educan ciertas especies de animales a sus hijos.

No pueden, de consiguiente, los padres hacer caso omiso de la educación de sus hijos, bajo el especioso pretexto de que los han dejado “en buenas manos”. Tienen el derecho y la obligación de seguir muy de cerca y paso a paso, el proceso evolutivo de la formación de sus hijos.

Tienen el derecho de vigilar y, hasta cierto punto, de “controlar”, la eficiencia de la escuela. Si este derecho se le reconoce al Estado (la vigilancia) —a quien no pertenecen en propiedad los hijos— ¡cuánto más a los padres, responsables ante Dios y la Sociedad del rumbo que emprendan aquellos!

Tienen el derecho y el deber de aunar sus esfuerzos con los educadores, trazar de mutuo acuerdo, un plan educativo individualizado, interesarse por el máximo rendimiento de la escuela.

Los maestros, a su vez, no pueden prescindir de la familia, en la tarea educadora. Deben, por el contrario aliársela, como su más eficaz apoyo.

Porque el maestro es un mandatario del padre de familia y, como tal, debe interpretar fielmente su voluntad; es un prolongador de la función paterna en su aspecto más noble: plasmar la personalidad integral; su función es complementaria: debe coadyuvar, no sustituir ni suplantar. Es un depositario del tesoro más noble y rico que poseen los padres: los hijos; pero tesoro que no deben esconder recelosamente, sino llevarlo hasta su plena madurez humana.

Desviada estaría aquella escuela que desarraigara al niño de su hogar, que lo desorbitara. La escuela debe implantarlo cada vez más profundamente en el seno del hogar —por una parte— y en el corazón de la sociedad— por otra.

La escuela, psíquicamente considerada —es un hogar más amplio, un término medio entre la familia y la sociedad civil. Por ello, en la escuela deben privar los dos principios fundamentales

de la pedagogía familiar, amor y autoridad.

Por su parte, el hogar debe ser el más eficiente colaborador de la escuela: la palestra donde primero se pongan en práctica los modos de conducta adquiridos; donde, en primer término, se revele la incipiente personalidad en gestación.

De este papel vital, que corresponde desempeñar a padres y maestros, se sigue que ambos deben compartir, en forma complementaria, la tarea educadora y sus responsabilidades inherentes.

En efecto: los padres poseen algunas de aquellas cualidades que merecen considerarse como óptimas en la educación:

- amor;
- espíritu de sacrificio;
- comprensión instintiva;
- paciencia y aguanza;
- carifio, autoridad.

Los maestros, a su vez, disfrutan de aquella preparación técnica, que los padres, de ordinario, no tienen; poseen cierta imparcialidad para juzgar objetivamente al niño, de la que carecen los padres, cegados o influidos por el mismo amor; aquella amplitud de espíritu que nace de la múltiple experiencia del psiquismo infantil; porque el maestro tiene más puntos de referencia en el ámbito de la escuela, que el padre, en el reducido recinto del hogar.

Por todo ello, los padres están llamados a complementarse con los maestros, formando con ellos una sola unidad psíquica.

Sumados los esfuerzos, serán omnipotentes; separados y dispersos, contribuirán a la ruina psíquica del niño. Mientras no se logre homogeneizar ambos ambientes —escuela y hogar— bien poco será lo que obtenga el maestro, o al menos, estará su labor continuamente expuesta al peligro de la desintegración.

Múltiples ejemplos podrían citarse en apoyo de lo dicho. En ellos abunda la Psicología Individual: cuánto puede lograr la acción educadora de padres y maestros, cuando se complementa. Baste uno de tantos.

Ejemplo: timidez curada "de mutuo acuerdo".

Se trata de un niño de doce años. Andrés. Buen estudiante, hasta pundonoroso. Débil, estésico, secundario, introvertido. Posee una diátesis histeroide. Inteligencia media (0,97:Otis D). Memo-

ria muy deficiente en la fase de fijación.

Hasta la edad de doce años, no se nota en él nada de anormal. No se logran descubrir rastros de traumatismos infantiles. Relación social normal con sus padres, sus tres hermanos mayores y sus dos hermanas menores.

El primer fracaso en su vida, lo tiene a fines de los once años. Sin culpa suya, y como consecuencia de ese absurdo sistema de exámenes, que tanto tortura el psiquismo infantil y juvenil, sale reprobado en un examen. La alarma cunde en la familia, la cual no tiene el tacto suficiente para hacerle llevadero ese "shoc". El niño queda profundamente impresionado. A partir de ese momento, se acentúa notablemente la introversión. Se hace tímido, huraño, irritable. Horas enteras se las pasa a solas, imprecisa la mirada, como rumiando una preocupación. Rehuye la compañía de sus antiguos amigos, con quienes era muy afectuoso. Pierde soltura social. Se implanta la eritofobia. El tratamiento que se siguió en la familia ante este incipiente conflicto anímico, no pudo ser más desacertado. Parece como si se hubiera buscado de propósito el procedimiento más eficaz para agravarlo y fijarlo indeleblemente en el alma del niño.

Por de pronto, la madre, con la mejor voluntad imaginable, se encargó de que tan desagradable acontecimiento "no se repitiera en lo futuro". Y qué celo no mostraba ella por el aprovechamiento "científico" de sus hijos!

Pero —y hé ahí la tragedia— no supo encontrar la pobre, en medio de su absoluta ignorancia, otro medio que el de querer "hacerle aprender a la fuerza", doblando el psiquismo, torturándole y exigiendo de él un rendimiento que no era capaz de dar. Ella se encargará en adelante de "repararle las lecciones" y de hacer que las aprenda de memoria.

Después de un día entero de clases, el niño regresa cansado a su hogar, donde cae en manos de su madre. La tarea comienza. Ella lee; el niño repite.

Fase de fijación deficiente, fatiga mental, depresión anímica...: ninguno de esos factores pesan ante la celosa señora.

Los minutos van pasando. El párrafo sigue martillando en el cerebro infantil. La madre no cesa. Un cuarto de hora. Todo inútil: el párrafo resbala. No importa: será cuestión de tiempo y constancia. Los minutos siguen huyen-

do; pasa una hora, dos. Inútil. Asombrosa la tenacidad de la madre; digno de compasión el hijo.

Al cabo de dos horas de tortura, todos en la casa han aprendido la lección; todos, hasta las personas de servicio; todos, menos el niño, que es el único interesado.

Cuando se sientan a la mesa, sale a relucir el párrafo, la cita, la fecha histórica. Se hacen comentarios. Hay risas.

Piénsese en el pésimo efecto de esta conducta sobre un psiquismo lábil, delicado, traumatizado.

Es un caso-límite respecto de la equivocación pedagógica de la familia entera; pero es caso real.

Con ocasión del examen psicotécnico del niño, la madre se me queja: este niño, de la noche a la mañana, se ha hecho hurafío, hosco; se pone rojo por cualquier frustrería.

A las pocas preguntas me doy cuenta del absurdo despropósito que se está cometiendo. Se trata de un verdadero "psiquicidio", llevado a cabo, con la mejor voluntad, por manos maternas. Se está ajando y destrozando en flor la fresca lozanía de un alma infantil.

En poco tiempo, el plan reeducativo queda concertado. En casa, todos, pero empezando por la madre, deben de cambiar de táctica.

No más lecciones de memoria. Si al

cuarto de hora de estudio el niño no retiene la materia, debe dejarlo; sería inútil prolongar todo esfuerzo; el niño entonces está psíquicamente "bloqueado", saturado. Todo conato resbalaría sobre la superficie escurridiza y viscosa de la memoria, impregnada de temor.

En cambio, urge ensanchar aquel psiquismo, oxigenario, darle alas.

Urge hacerle "sentir" que el llamado fracaso del examen, no pasa de ser un episodio trivial, del cual no es responsable. El, tan pundonoroso!

Urge que el niño se sienta "bien", centrado en su punto dentro de la constelación de sus hermanos, rodeado del cálido halo de la comprensión. En esta tarea, toda la familia tendría que colaborar, aunque en forma discreta y algo indirecta.

También en el Colegio se procuraría animarlo vitalmente, con la terapéutica de los "pequeños éxitos", sabiamente administrados; éstos le harían reencontrar su "tonus" psíquico perdido y le harían sentir que era el mismo de antes.

A los pocos días, la mejoría fué evidente. Al mes, había desaparecido la eritofobia. Paulatinamente aquel niño fué reconquistando la soltura perdida y se fué retratando en su rostro la sana alegría de vivir comprendido.

Tántos casos como éste podrían citarse.

Carlos G. Plaza, S. J.

